

A SOLO DIOS EL HONOR Y LA GLORIA

HERMANAS MISIONERAS DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

Hna. Ana Cecilia Velázquez Ruiz - (Hna. Liberata de S.T.)

San José de la Montaña julio 28 de 1930 - Medellín 22 de febrero de 2021

*"Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria;
es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!"
(I Cor. 9,16)*

Al despertar el nuevo día y pasar la primera noche en su nueva casa para una mejor atención a su enfermedad; después de 68 años de Vida Religiosa, la Hna. Ana Cecilia vuela a la casa del cielo para encontrarse con su Amado al finalizar un camino de fidelidad recorrido de la mano del Padre Fundador a quien tanto amó.

La Hermana Ana Cecilia Velázquez Ruiz, nace en San José de la Montaña -Antioquia, Colombia, el 28 julio de 1930; tuvo como nombre de religión Hna. Liberata de Santa Teresita; fallece en Medellín, el día 22 de febrero de 2021, a los 90 años y siete (7) meses de existencia y 68 años de vida religiosa.



Es la décima de doce (12) hermanos, hijos de aquel ejemplar matrimonio cristiano, formado por don Antonio José Velásquez Ruiz y doña María Pastora Ruiz Maya. Donde el ejemplo fue la mejor escuela de su formación humana, cristiana y moral. Se distinguen por su espíritu de servicio, testimonio de vida cristiana y como buenos ciudadanos.

A los pocos días de nacida la llevan a la Iglesia de la Parroquia de San José de la Montaña donde es Bautizada el 1 de agosto del 1930, por el presbítero Leonidas Lopera. El sacramento de la Confirmación lo recibe en la misma parroquia el 12 de abril 1932, de manos del Venerable Miguel Ángel Builes Gómez y la Primera Comunión en la Parroquia de su pueblo natal, el 03 de octubre de 1936.

Su formación académica desde la primaria hasta alcanzar su título de Maestra Superior la recibe en la Normal María Inmaculada de su pueblo natal San José de la Montaña. Sobresale por la autoformación, que se impuso para responder a las demandas de su vocación misionera, motor de su existencia.

Allí, en medio de esas montañas antioqueñas la Hna. Ana Cecilia se abre al amplio espacio del encuentro con el Señor, porque en la plenitud de su vida joven, escucha la llamada que Él le hace, encontrando en ella respuesta decidida, entusiasmada, marcada por el amor y entrega a las almas, con un sonoro y vigoroso ¡Aquí estoy Señor porque me has llamado! dando inicio a su vida misionera así:

Ingresa a la Congregación a los 21 años el primero (1º) de junio de 1951 decidida a jugarse la vida por quien cautivara su corazón joven. Pasó al Noviciado el 16 de diciembre de 1951, y después de escuchar las exhortaciones y enseñanzas del Venerable Miguel Ángel Builes sintonizó con la causa misionera de tal forma, que ya su corazón solo descansa diciendo sí. Hace la Profesión Temporal el 14 de enero de 1953, dispuesta a dedicar su vida al seguimiento de Cristo, y mirando a María aprende sus lecciones de entrega generosa y serena al Señor. La Profesión Perpetua la hace en Celica, Provincia de Loja – Ecuador, el 11 de abril de 1958.

Vive el seguimiento de Cristo con gozo, convencida de haber escogido la mejor parte y se esmera por crecer en la virtud y el amor, viviendo con plenitud su consagración y trabajando cada día por transparentar la alegría del Evangelio en su entrega al único Señor. Su vida se fue tornando cada día en una acción de gracias, en una oración, en un canto de júbilo, en un salto armonioso que la acercaba a su Dios.

Su espíritu de oración la lleva a proclamar con verdad e insistencia el mensaje, hundiendo su alma en la relación con su Dios de donde sale fortalecida para anunciar, para proclamar, para suplicar, para dar gracias. “Gracias Hermana...” Miles de veces se le escucha porque era tan simple su alma que percibía en todo el favor y el auxilio, y por eso canta el Magníficat en el día y en la noche con su sentido de gratitud.

La vida de piedad le ayuda a encontrarse con Cristo no solo en la oración, los Sacramentos, la liturgia y los momentos de encuentro comunitario, sino a hacer de su vida una plegaria continuada, en cada acción que realiza en el cumplimiento de su deber o en favor de los necesitados.

María Santísima siempre presente en su vida, estimula el encuentro con su Hijo, y para la voluntad de Padre a través de las mediaciones humanas y las circunstancias del diario vivir; igualmente en las correrías misioneras por donde la obediencia la llevara. A sus ochenta años trabaja con denodado empeño por anunciar la Buena Nueva y llevar el amor de Dios a todos los destinatarios de la misión y enseñarles que tienen una dulce y tierna Madre y un Padre bueno que los ama.

La pobreza la entiende como despojo de todo peso que le impida aligerar el paso. Liviana de equipaje traspasa fronteras para proclamar las excelencias de Cristo y esparcir la fragancia de su amor a través del servicio, la caridad y el silencio contemplativo, festivo y fraterno para que de su boca no saliera palabra desedificante. Así puede ser testimonio de una vida que se dona sin reservas, con las hermanas de comunidad, con los educandos, los padres de familia, los compañeros de trabajo y los evangelizandos en general.

Pasa su vida a misionera entre niños, jóvenes, adultos y mayores con una sencillez y un no sé qué contemplativo que le hacía agradable su compañía, sus palabras, sus enseñanzas, su quehacer en bien de los demás, porque su tarea era dar a conocer a Jesucristo, a través del mensaje de la Palabra, pero sobre todo a través de su vida que fue Evangelio.

Constructora de comunidad en los diversos servicios que desempeña como misionera, secundando iniciativas, apoyando proyectos y estudios comunitarios como superiora; siendo ejemplo de bondad, disciplina, aprovechamiento del tiempo y los recursos, como educadora; siendo transparente, prudente, exigente consigo misma y autoformándose como persona. En síntesis, en esfuerzo permanente por la santidad.

Aguza el oído como el órgano de la obediencia; para escuchar y sin importarle los sacrificios porque le interesa sólo ser obediente y fiel a Dios, acatando a sus superiores. Junto con el abrir el oído esta su ofrenda diaria: “el aquí estoy”. Y en ese “aquí estoy” merece la atención el “no he cerrado los labios” como si no se pudiera quedar callada por ser fiel y obediente a la verdad, a lo que él creía, a lo que esperaba. La palabra era tan suave, pero a la vez como la el Profeta, su transparencia de alma así lo reflejaba.

La Hermana Julia Elvira Marín M., compañera de comunidad de la Hna. Ana Cecilia Velásquez Ruiz comenta que el padre Jorge Nish, misionero alemán en el Ecuador, admiraba mucho a la Hermana Ana Cecilia por su profunda vida espiritual, que él tenía en ella mucha confianza, incluso nos dice, que el Padre en algunas ocasiones la buscaba para que le ayudara a preparar las homilias, porque su vida espiritual era de una profundidad muy grande.

La Hna. Ana Cecilia presta sus servicios en la Congregación con simplicidad, humildad y sencillez uniendo en su vida la contemplación y la acción, aprendidas de las reiteradas enseñanzas y el testimonio Padre Fundador “vivir por dentro” y el “Vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio” pronunciado por el propio Jesucristo.

Comprometida con el querer del Divino Esposo, y “crepitando en su pecho el ardor” como reza el Himno de nuestro Instituto, el mundo de las almas le espera y el envío misionero de la querida Congregación, le ofreció los espacios para plantar la gloriosa cruz del Salvador en la amplia geografía de nuestro continente, así: Sabanalarga, y Luruaco en el Atlántico; San Carlos, Betulia, Toledo y Caracolí en Antioquia; La Merced, Caldas; Lorica, Córdoba; Pijao y La Tebaida en el Quindío; La Victoria, Valle; Santa Rosa - El Oro, Celica, Guayaquil y Guadalupe en el Ecuador; Arica en Chile y en sus últimos años Los Buissonets en Girardota.

Debido a su gravedad el 21 de febrero de este año, es trasladada a Villa María donde no tiene ni siquiera tiempo de mirar el equipaje, porque emprende la ruta hacia la casa del cielo al día siguiente.

La Madre Rosalba Zapata Tapias - Superiora General, las Hermanas del Consejo General y de todo el Instituto, agradecen a su querida familia el don de esta vocación a la Iglesia por medio de nuestra Congregación, a nuestros Hermanos los Misioneros de Yarumal que presiden estas honras fúnebres, a las Hermanas de las comunidades locales que con su oración y sus mensajes fraternos nos confortan y nos hacen experimentar el abrazo tierno del amor de Dios. A toda la familia MAB, a las Hermanas, al personal de la salud médicos y enfermeras, al personal de apoyo de la Comunidad de los Buissonets y Villa María que con tanto cariño y exquisita caridad cuidaron de nuestra Hermana Ana Cecilia, a todos los amigos, bienhechores y demás personas presentes a través de las redes sociales, gracias por su caritativa y comfortable compañía.

Hna Ana Cecilia, ya estás en lo cierto, pídele a Dios nos de la gracia de la conversión en medio de esta incertidumbre de la Pandemia, que se acuerdo de su pueblo y aleje ya el mal, que calme y sosiegue los corazones violentos que tanto dolor producen, que cambie el corazón de los vengativos.

Que regale a la Familia MAB muchas vocaciones santas para seguir la tarea encomendada por el Padre Fundador para quien pedimos la beatificación. Gracias Hnas. Ana Cecilia, tu vida es un ejemplo viviente, ora por tu Congregación por tu familia. En el cielo nos encontramos.

***Casa de la S
alud Villa María***

Medellín, 22 de febrero 2021